

ASPECTOS DE LA TRANSICION CONTEMPORANEA DE LA VIDA TRADICIONAL VASCA

por

José Miguel de Barandiarán

Un paisaje accidentado y desigual, montañas en todas las direcciones y estrechos valles y encañadas forman el relieve, un tanto laberíntico, del Pirineo vasco. Pero tales montes y valles, en su desorden y variedad, ofrecen cierta unidad y rasgos comunes: altitudes moderadas, mucho más bajas que en lo restante de la cordillera; pasos fáciles de un valle al otro y de una vertiente a la otra; clima suave con influencias oceánicas de un lado y mediterráneas y continentales del otro; predominio de las formaciones cretácicas; zonas de humedad y de frescura, ambiente propicio al desarrollo de la vegetación herbácea y forestal. Además, el Océano y la costa, la cual mide más de 200 kilómetros: su costa rocosa, cortada en acantilado, de poca altura entre Biarritz y Fuenterrabía, de colinas más elevadas al occidente; playas de suave declive en las desembocaduras de los ríos y veinte puertos naturales entre el Adour y la ría de Bilbao.

Tal es el cuadro del Pirineo vasco, muy apropiado en su zona montañosa a los grandes herbívoros a los que atrae mediante sus pastos y les proporciona alimento y refugio, como lo es al cultivo agrícola en las comarcas periféricas más bajas y a la pesca en la región costera.

* * *

El relieve impuso sus cuadros al hombre, haciendo que el valle geográfica diese origen a la *ballara* o valle político.

La unidad de paisaje estimuló o facilitó a su vez la formación de una etnia y de una cultura homogénea y coherente en la población. Así resultó el pueblo vasco tradicional con sus modos de vida, con sus instituciones jurídicas, con su religión y con su lengua; categorías éstas que forman un ciclo de estructura orgánica, en el que cada elemento se crea y se desarrolla en función del conjunto.

* * *

Por esta última circunstancia, la aparición o desaparición de una forma repercute en otras aledañas del mismo ciclo. Así, un cambio

en los modos de vida, en la técnica, etc., provoca cambios en otros órdenes.

El léxico popular, por ejemplo, se transforma en muchos casos, respondiendo a la evolución de la técnica. El carro de eje giratorio, utilizado para el transporte en general, se llama *gurdi*; el de eje fijo que le va reemplazando en algunas comarcas, recibe el nombre de *orga*; el de eje fijo y cubierta, destinado al transporte de mercancías, *karro*; y el destinado al transporte de personas, *kotxe*. La pala, cuando era de madera, tenía nombre de *hendai* en Ataun; la de hierro, que le ha sucedido, se llama *pala*. Las antiguas pinzas de madera tenían nombre de *matxarda*, *sardaka*; las de hierro, que han venido a sustituirlas, se denominan *tenazak*, *pintzetak*. Los clavos de madera, utilizados en carpintería, se llamaban *ziri*; los de hierro, de sección cuadrada, usados hasta hace poco, tienen por nombre *iltze*; los modernos de sección circular, *puntapatx*, (punta de París).

* * *

Es patente la influencia de la vida pastoril en el sistema de población, puesto que la situación y la distribución de los seles y granjas pastoriles cerca de los pastos estaba determinada por sus funciones, y esa misma situación y distribución se ha perpetuado hasta nuestros días aun en aquellas zonas en que los antiguos albergues pastoriles o de población trashumante han sido convertidos en case-ríos o habitaciones de una población agrícola permanente.

Es igualmente clara la influencia de la vida pastoril en el trazado de la casa rural y aun en ciertas prácticas religiosas; la del agricultor en la estabilización del pueblo, en la disposición de la casa y en la situación social de la mujer; la de la gran industria en la estructura de la familia, en la lengua y en la religión. He ahí un manojo de temas que debieran ser estudiados en detalle.

¿No es el horno metálico de la cocina, sustituto del antiguo fogón, el que va haciendo desaparecer la antigua chimenea de campana, el uso del llar —objeto de tantas creencias y prácticas— y de los grandes calderos de bronce?

La moderna industria textil ha hecho desaparecer de nuestro país otra gran parcela de su vida tradicional: es decir, los campos de lino, las faenas domésticas del hilado, las compañías de agramadoras, las reuniones nocturnas de hilanderas y cardadoras, donde se perpetuaba la literatura oral en relatos míticos, en biografías de santos, en versos populares y en cierta clase de representaciones teatrales que todavía recuerdan los ancianos.

* * *

La presencia o la ausencia de un elemento en el ambiente geográfico, tiene a veces profundas repercusiones en la vida social. Tal ha sido en nuestro país el caso del oso y, sobre todo, del lobo. Aquél desapareció hace tiempo; éste se presenta todavía, aunque muy rara vez. Recuerdo cómo en la sierra de Urbasa un lobo hacía estragos entre los rebaños de ovejas durante el verano de 1921 cuando nosotros estábamos allí explorando unos dólmenes. Los pastores estaban alarmados: todos los días aparecían muertas algunas ovejas, pues la fiera, que sin duda era joven, no se limitaba a saciar su apetito, sino también se divertía corriendo tras las ovejas e hincándoles los dientes, con lo que causaba la muerte de muchas.

El 3 de abril de 1931, hallándome en el pueblo de Trespuentes, vi cómo los vecinos de 18 pueblos alaveses, provistos de palos y de escopetas, subían a la sierra de Badaya a cazar un lobo que causaba grandes perjuicios en su ganado.

Hace un siglo abundaban todavía los lobos en nuestros montes. Nuestros padres conocieron a un vecino de Ataun, que se dedicaba a recoger yesca en los bosques de aquel pueblo (1) y que, viéndose precisado ahacer noche en el monte, una jauría de lobos anduvo rondando alrededor del árbol en cuya copa se refugiaba él.

En algunas montañas había sitios especialmente destinados a la caza del lobo. Tales eran las loberas. Una de estas eristía todavía el año 1917 en Gorbea. En la sierra de Gibijo se conserva otra en su antigua forma, y los vecinos de los pueblos próximos recuerdan haber practicado en ella la caza de ojeo para capturar lobos.

En la montaña de Ezpeleta, debajo de las peñas de Argaineta y no lejos del collado de Ezurreta, existen todavía las ruinas de una construcción llamada *Otsozaintzeko-etxola* (choza para vigilar de ella a los lobos). En ella se guarecían hasta hace 70 años los pastores encargados de vigilar y ahuyentar o cazar a los lobos que llegaran a aquellos parajes.

En el libro "Repartimientos" del archivo de Ataun se dice que el Alcalde y Regimiento de este pueblo destinaron el 10 de abril de 1640 ocho ducados para dos vecinos que mataron una osa con dos crías, y veinte reales a otros que presentaron pellejos de lobos y de una onza, todos cazados en los términos de dicho pueblo.

Dos veces al año tenían que subir a sus montañas 100 hombres de Oyarzun a cazar lobos, según se disponía en las "Ordenanzas" de aquel valle (2).

(1) La yesca, como elemento para encender fuego mediante chispas arrancadas del pedernal, era artículo de bastante importancia para que algunos individuos se dedicaran a su búsqueda y venta.

(2) Lefebvre, **Les modes de vie dans les Pyrénées atlantiques occidentales**, p. 188. Paris, 1933.

L. de Froidour escribía en 1673 que el bosque de Lembarre, cerca de Maubon, era un desierto habitado por lobos (3).

En el siglo XIV Gastón Phœbus iba a cazar osos al bosque situado en los alrededores del hospital de Orion (4).

* * *

La presencia del lobo influía notablemente en los modos de vida de la población pastoril. Viviendo generalmente en lo más intrincado de las selvas y jarales que constituían su abrigo, era en cierto modo un protector del árbol, puesto que alejaba de los bosques a los herbívoros y a la población que explotaba a éstos,

A causa de él, los pastores se veían obligados a acompañar constantemente a su ganado en las montañas, de suerte que aun en zonas de poca elevación, como son muchos de los montes. del Baztán, de Labourd y de Baja Navarra, existía durante el verano y el otoño numerosa población pastoril.

Los pastores tenían que reunir a los rebaños junto a sus chozas todas las noches, en los *espil* o recintos cerrados con grandes planchas de piedras o con paredes. Aun así no se sentían seguros y, a la menor señal de alarma, salían de sus chozas, blandiendo en sus manos tizones encendidos y haciendo sonar el *eltzaor* (zambomba), a fin de asustar al lobo y alejarlo de su ganado.

Las montañas donde había pastos, estaban pobladas de chozas y de otras construcciones complementarias, como recintos donde ordeñar las ovejas, corrales donde protegerlas contra los lobos, etc.

En tales parajes, las ermitas y otros lugares sagrados, destinados a la práctica del culto, respondían a las exigencias religiosas de los pastores. A este respecto cabe citar las ermitas de San Tirso y de San Killiz (Quirico) en la sierra de Toloño, la de Beolarra en Marquínez, la de Nuestra Señora de Codex en Yoar, la de la Trinidad en Gibijo, la de San Víctor y San Bartolomé en los montes de Victoria y Entzia, San Antonio de Urquiola, Nuestra Señora de Aránzazu, Santa Marina de Andía, San Donato de Beriain, San Miguel de Aralar, Sancti Spiritus de Aizkorri, Sancti Spiritus de Larhune, Salvatore de Irati, San José de Ori, etc., etc.

Ciertas planicies situadas cerca de las majadas se utilizaban para juego de pelota: eran los *pilotasoro* o *pelotaleku*. En la sierra de Aralar existe un lugar llamado *pelotaleku*, donde los pastores jugaban antiguamente a la pelota. En los montes de Ataun existían cuatro *pelotaleku*, según documentos del archivo de aquel pueblo. Conoce-

(3) Lefebvre, **loc. cit.**, nota 5.

(4) Segun Menjoulet, citado por Th. Lefebvre, **loc. cit.**

mos un *pilotasoro* (collado próximo al monte Etzela) en Berástegui. Existía un paraje llamado *Pilotakogana* (la cumbre de la pelota) en la cima de *Larhune*, según la “Carte topographique des frontières dans les Pyrénées occidentales” del año 1876. Existen *pilotasoros* en *Irazuku* (Echalar), en *Iraxelai* (Zugarramurdi), en *Urbiako-lepua* (Zugarramurdi), en *Urzelai* (Zugarramurdi), en *Eskisaroi* (al pie del monte Axuela, en el Baztán), en *Salaberriko-saroia* (Baztán, junto a la borda de *Salaberri*), en *Karakoetxeko-soroa* (junto a *Karakoetxeko-borda*, en el Baztán), en *Elokadi* (collado en las montañas de los Alduides), en *Eihartzeko-lepua* (collado en los Alduides), en *Mearrozteiko-lepua* (collado en la montaña de Urepel), en *Astakarria* (loma cerca del collado de este nombre, en Valde Erro), en *Garzelako-lepua* (Urepel), etc.

Ahora que el lobo ha desaparecido de nuestro país, los pastores se han ausentado de las montañas de altitud media, dejando que las ovejas anden sueltas noche y día, salvo las que deban ser ordeñadas, las cuales son retenidas hasta San Juan junto a sus albergues de invierno. También una parte de la población pastoril de los montes altos ha desaparecido para incorporarse a la población agrícola e industrial de la zona baja. De las chozas, de los recintos de ordeñar y de los corrales, no quedan más que ruinas en gran parte de nuestros montes. Lo mismo cabe decir de muchas ermitas que fueron erigidas por la devoción de los pastores. Y de los *pilotasoros* apenas queda más que el recuerdo o el nombre en la toponimia.

* * *

Los casos de transición que brevemente hemos señalado, nos dan a entender que el dominio de la Naturaleza y la industrialización de la vida tienden a separar al hombre de los cuadros tradicionales a incorporarle a un medio nuevo o a otro menos antiguo; a disociarle de su casa y de su familia y aun de las normas jurídicas, de las creencias, de los usos y del lenguaje que, por tradición, venían articulados entre sí, formando durante siglos un conjunto armónico y coherente que parecía indestructible.

Este desplazamiento del hombre de un estado o modo de vida a otro, no implica forzosamente una ruptura con la tradición y con cuanto en los tiempos pasados constituyó la esencia y el aglutinante de una cultura; y el que realmente no resulte así en nuestro país, depende de nosotros.